



LAS HUMANIDADES

CON MOTIVO DE LOS CUARENTA AÑOS DE LA FACULTAD DE HUMANIDADES DE LA UNIVERSIDAD DE LOS ANDES

ROBERTO DONOSO

El asombroso e impactante desarrollo de la ciencia y la técnica, que cada día depara nuevos logros, sin embargo, no resulta suficiente para entender a la criatura más compleja, dinámica e impredecible del planeta: el hombre. Así, las humanidades con su visión de conjunto, con su énfasis en las

RESUMEN

manifestaciones del hombre que rebasan la dimensión técnica, con su intento de aproximarse a su objeto de conocimiento a través de las manifestaciones humanas que escapan al dominio técnico se convierten, finalmente, en la esperanza para una mejor humanidad

EDUCERE, ARBITRADA, AÑO 2, N° 4, OCTUBRE, 1998

The amazing and impressive advances in science and technology, which daily give birth to some new development, are nonetheless incapable of understanding and explaining the most complex, dynamic and unpredictable feature of our planet: man. It is the

ABSTRACT

humanities with their all-embracing viewpoint, with their emphasis on those aspects of human existence that go beyond the merely technical, and with their goal of understanding aspects of human life that technology cannot reach, that offer the best hope for the future of mankind.

*Ser radical es atacar el problema por la raíz.
Y la raíz para el hombre es el hombre mismo*

CARLOS MARX.

Al observar la vida cotidiana de un hombre de nuestros días comprobamos el enorme arsenal de arte-factos de que dispone. Desde el conjunto de medios que hacen que la vida doméstica sea cada vez más dependiente de máquinas y motores, hasta los deslumbrantes descubrimientos y aplicaciones científicas. Tanta es la importancia que ha tomado el desarrollo científico y técnico que hemos llegado a convencernos de que *el motor de la historia es la historia del motor*¹. El poder

de la ciencia y la técnica ya no está recluso en los crípticos claustros de una academia o de un laboratorio, sino por el contrario, sus efectos los comprobamos, los estamos viviendo todos los días al extremo de asumir que forman parte de la naturaleza, es decir, que son dones de los cuales podemos disponer sin muchas preocupaciones, porque están allí a nuestra disposición. El encanto y deslumbramiento de la ciencia y la técnica, entre otras consecuencias, ha generado una actitud psicológica de prepotencia ante la naturaleza, fundada en la confianza que con el recurso científico y técnico, lo que aún no se ha hecho, algún día se hará. Que existan varias especies animales en peligro no es problema, porque la clonación permitirá tener nuevos ejemplares, independientemente de que el atentado sea contra la biodiversidad. Cada día, los medios de comunicación dan cuenta de una nueva medicina, de un nuevo descubrimiento, de un nuevo trasplante, de una nueva clonación, en fin, de un nuevo "adelanto". Tanto estamos maravillados con las virtudes técnicas que no percibimos en su real dimensión la agresión sistemática y cotidiana al medio ambiente en nombre del *progreso*, el *desarrollo*, o el *crecimiento*, pues se ha impuesto una civilización, una forma de relacionarnos con el medio que privilegia, por encima de todo, la maximización del beneficio, para lo cual el concurso de la ciencia y de la técnica resulta insustituible. El poder de la ciencia y de la técnica aparece como irremplazable, como la alternativa exclusiva y excluyente para los problemas de la humanidad.

Sin embargo, la optimista realidad que encarna el mito del progreso contrasta con algunos hechos que

evidencian que el poder científico y técnico, siendo necesario no resulta suficiente. Por ejemplo, con escasos veinticinco años de diferencia, dos cruentas guerras mundiales han conmovido en sus cimientos a la humanidad, han modificado los mapas, han transformado las naciones, han creado expectativas y han sido una elocuente muestra de la crueldad y del mortífero poder de fuego creado por el ingenio humano. Y si lo expuesto no fuera suficiente es preciso agregar la cantidad de *pequeños* conflictos regionales, los *fuegos de matorrales* según la expresión del Pentágono, hoy exacerbados por los nacionalismos surgidos, en particular en Europa. Al mismo tiempo, en el África subsahariana se concentra la mayor población que vive en condiciones límites para la vida humana, con un crecimiento demográfico que alcanza cifras alarmantes. Y mientras el crecimiento económico es la meta que aspiran las naciones, el paro forzoso afecta a ochocientos millones de personas, un tercio de los cuales no volverá a encontrar trabajo nunca más por la edad o por incapacidad para adaptarse a las nuevas condiciones, y cada año se incorporan ochenta millones de jóvenes en busca de trabajo. Paralelo al despliegue espectacular de los medios de comunicación que integran al mundo, la sensación de desamparo, de soledad que hoy vive el hombre "civilizado", es cada día mayor convirtiéndose en un caldo de cultivo para los estados patológicos-sociales: ansiedad, angustia y depresión. Mientras se pregona que hemos entrado a la *sociedad del conocimiento*, el analfabetismo alcanza a novecientos millones de adultos y ciento treinta millones de niños no van a la escuela. Peor aún, más de la mitad de la población mundial no tiene acceso a los servicios telefónicos en un mundo que se jacta por la capacidad de comunicación desarrollada.² Los numerosos conflictos armados, las discriminaciones raciales, los intentos por superar la pobreza, las persecuciones políticas, el avance exponencial de los fundamentalismos, el espejismo que provocan los países desarrollados, entre otros factores, hacen que ciento veinticinco millones de personas vivan fuera de sus países. De esta forma, el esplendor de un mundo integrado por redes y sustentado en el desarrollo del conocimiento, en sus efectos concretos sobre una

importante población, no parece una alternativa eficazmente válida para los problemas que afectan a la humanidad, que requieren del concurso de una ciencia cada vez más desarrollada, de una tecnología muy al día, pero asimismo de una creciente e inevitable reflexión sobre el hombre, su destino, su misión, su historia, sus mitos, su arte, etc. Como todas estas manifestaciones, no son sino exteriorizaciones de lo que el hombre realiza con su inteligencia, con su acción y sentimientos, la pretensión de resolver las acuciantes interrogantes que se generan a partir de las actividades humanas, no encuentran en una disciplina, ni siquiera en un área del saber, posibilidades de ser atendidas satisfactoriamente. Y es en este contexto donde las Humanidades, con su inquietud integral por el hombre, asumen una dimensión que rebasa las visiones unilaterales.

En tanto que el objeto de las humanidades es el hombre, su valor estriba en los intentos, siempre crecientes, por tratar de aprehender al más complejo, dinámico, denso y original de los seres vivos del planeta. Quizás por eso, es decir, por el enorme grado de dificultad que implica una aproximación epistemológica al hombre, las humanidades, con respecto a las ciencias, aparecen rezagadas, y hasta incluso, deslucidas, pues, carecen de la espectacularidad de los desarrollos científicos. Son las parientes pobres, las convidadas de piedra, las que no ocupan la primera fila porque ya está reservada. Y sin poder evitarlo se viene a la memoria la frase de Ciorán: *"no todo está perdido: quedan los bárbaros"*.²

No obstante, cuando se logra descubrir, por ejemplo, que la realidad la constituye el lenguaje, o que las ideas funcionan como motor de la acción humana, o que el pasado es determinante para entender el presente, o que El Guernica de Picasso es el más formidable monumento de rebeldía contra la opresión del hombre por el hombre, o que educar es mucho más que aprender, o que la ciencia sin conciencia es fatua vanidad, o que el poema tiene la capacidad de descubrir el fondo recóndito del alma humana, las humanidades adquieren un valor de necesidad perenne.

Como acertadamente lo ha dicho George Gusdorf,³ el gran mito de la ciencia ha sido su pretensión de acabar con el mito, es decir, la racionalidad científica pretende ignorar, o al menos poner en un plano muy secundario, las otras manifestaciones de la condición humana, esto es, la emoción y la voluntad.

"El hombre está visiblemente hecho para pensar: es toda su dignidad y todo su mérito, y todo su deber es pensar como es preciso", nos ha dicho Blas Pascal,⁴ que es uno de los tantos distinguidos epígonos de la racionalidad, que a través de una larga historia de ideas y creencias, nos han persuadido del valor de la razón por encima de las pasiones y las acciones, las cuales han quedado postergadas a título de inventario, es decir, como aquello que se posee, pero que rara vez se usa. Es innegable que las potencias de la razón se nos muestran a cada instante en todo su esplendor y magnificencia, en particular, la razón técnica. Pero, ¿qué sería del cristianismo sin la *pasión* de Cristo?; ¿qué sería de la humanidad si los hombres no estuvieran motivados por sus manifestaciones *"irracionales"*? La grandeza del hombre está precisamente en su constitución racional-pasional-volitiva. Como razón, el hombre es capaz de formalizar sus ideas apoyándose en la imaginación, la inteligencia, el lenguaje, para crear las teorías, las ciencias, los relatos, las historias. Como emoción el hombre puede encarnar las más brillantes y generosas acciones o los más despreciables y abominables abusos. Como voluntad, el hombre es capaz de movilizarse, de crear gestas, epopeyas y fastos, de dar sentido heroico o nimio a la vida. Y a pesar de los esfuerzos de la razón por colocar a un lado el corazón, el hombre en su accionar de todos los días, se confirma y reconoce como unidad en la que los sentidos, los instintos, los conceptos, las emociones y el intelecto, son aceptados, convalidados y legitimados simultáneamente, no como retazos de la condición humana, sino como revelaciones de uno y mismo ser humano. Por eso, el *loco*, que se relaciona con todos, que no conoce límites entre lo mío y lo tuyo, hizo exclamar al dramaturgo inglés Chesterton que *"el loco ha perdido todo, menos la razón"*. Esta es la complejidad, riqueza y belleza de la condición humana.

El tema de las humanidades es el hombre, ardua aunque inevitable inquietud que no logra una respuesta satisfactoria, porque el hombre es un vector cuya dirección resulta incalculable, y por lo mismo, siempre abierto a nuevas posibilidades, a nuevos horizontes. Con razón Goethe afirmó que *el árbol de la historia siempre tiene frutos verdes*. El hombre es un fermento, una levadura con potencialidad expansiva ilimitada que se va realizando a través del tiempo por medio de múltiples formas y manifestaciones, sin que jamás llegue a agotarse. Por eso, la última hazaña de la humanidad no

existe porque todavía no se ha producido, tampoco el último acontecimiento, pues el hombre es un continuo, una lucha permanente por su propia realización, por la búsqueda de su identidad, que lejana en un tiempo cósmico, resulta difícil establecer. A lo mejor no pasa de ser una de las tantas ilusiones que motorizan el acontecer humano. No es casual entonces que nuestros pueblos estén en permanente indagación por su identidad, porque en el fondo abisal del más modesto de los hombres anida la condición humana curiosa por conocer los orígenes, el destino, el principio y el fin. Y puesto que la racionalidad técnica resulta impotente para tan álgidos desafíos, entonces la búsqueda de asideros, de puertos seguros encuentra en la dimensión trascendente, en el mito, en la fabula, en la fe, las respuestas que de otro modo no pueden obtenerse.

Confundir las Humanidades con algunas asignaturas, como ocurrió en el pasado, es una tentación siempre presente, lo que no excluye que sean el fundamento de una teoría pedagógica que puede resumirse en la magistral expresión de Miguel Montaigne: *5 primero hay que preparar para el oficio de hombre y luego a los hombres de oficio*. Esta es la clave que justifica, legitima y confiere a las humanidades tal dignidad que no es posible concebir un proyecto educativo, una universidad, que omita la dimensión humanística. Los hombres, antes que profesionales, trabajadores, dirigentes, líderes, artesanos, artistas, o lo que fuere, deben intentar alcanzar condición y dimensión humana. Lo contrario ha significado para la humanidad el florecimiento de las monstruosidades que encaramadas en transitorias posiciones de poder han provocado un indecible e indescriptible sufrimiento y dolor humano o han cometido y cometen los peores abusos y tropelías pero este no es el único peligro que acecha a las humanidades. A veces arropada con el cálido manto protector del dogma, revestida de sonoras consignas, drogada en sus propios mitos, con un discurso supuestamente humanístico, se ha

pretendido construir un altar de espejismos con mazmorras como santos, torturas como ritos y cuyo incienso se ha quemado en las brazas ardientes de otros hombres que han sido sacrificados para tributo de las mentiras vestidas de verdad por eso alcanzar condición humana es tener conciencia de las limitaciones, es la delicadeza de saber que la vida es un tránsito permanente por el borde del desfiladero y que el abismo, de insondables dimensiones, se llama *error, equívoco*.

Ser humano es el esfuerzo por legitimar y respaldar la verdad en la legitimación de la verdad del "otro",⁶ porque el mundo en que uno vive siempre se configura con otros.

Humanidad es admitir que la verdad se reparte entre todos, que nadie puede pretender ser dueño de ella. Y tanto es así que si hay un concepto que en el campo de la filosofía está en permanente revisión y ha dado origen a múltiples interpretaciones, ese es precisamente el de "verdad". La elusividad de una categoría tan compleja nos advierte que pierden su humanidad los que creen poseer la verdad y a partir de este error quieren someter a los demás.

Humanidad es la sensibilidad que permite apreciar la belleza en la simplicidad de las cosas, en la armonía del universo, en el hermoso regalo de la vida.

Humanidad es la capacidad de soñar con mundos mejores *donde las estirpes condenadas a cien años de soledad tengan por fin y para siempre una segunda oportunidad sobre la tierra*.⁷ En fin, Humanidad es el intento por construir, aquí y ahora, el paraíso perdido.

Desde el lenguaje, la filosofía, la historia, el arte y la educación las Facultades de Humanidades se entregan a estas tareas, con la intención, siempre compleja, por encontrar al hombre, revelarlo y comprenderlo en la fluidez del constante devenir. A medida que las sociedades se complejizan, las Humanidades van ganando en lozanía y vigor y el tono inmarcesible que las caracteriza es la consecuencia de su objeto de estudio: el hombre.

ROBERTO DONOSO

Universidad de Los Andes
Prof. Titular Departamento de Pedagogía
e - mail: rdonoso@telcel.net.ve

¹ Fernandez Enguita, Mariano. **Juntos pero no revueltos**. Visor Distribuciones. Madrid, 1990.

² Fernandez Enguita, Mariano. **Juntos pero no revueltos**. Visor Distribuciones. Madrid, 1990.

³ **Adiós a la filosofía**. Alianza Editorial. Buenos aires, 1994

⁴ **Mito y Metafísica**. Introducción a la filosofía. Editorial Nova. Buenos Aires, 1960.

⁵ **Pensamientos sobre la religión y otros asuntos**. Versión española de Eugenio D'ors. París, Garmé hermanos libreros. s/f.

⁶ **Ensayos Completos**. Ediciones Orbis. Buenos Aires, 1984.

⁷ Gabriel García Márquez. Discurso con ocasión de recibir el Premio Nobel.